

San Ignacio y la regeneración social

Ignacio Iparraguirre S. J.

Se nos suele presentar generalmente a San Ignacio, como un ser bastante lejano. Un ser de otro siglo y de otra época. Es evidente que no pocos aspectos, como sucede a todo hombre, depende del ambiente en que le tocó vivir. Pero nuestro santo, en contra de lo que pasa con los seres de poca personalidad, supo en múltiples momentos imponerse a las circunstancias, desentenderse de los factores ambientales, y con intuición de genio, estructurar principios y realizar consignas de perenne actualidad.

Hay más. Dios le puso en un momento de transición, de crisis entre una sociedad formada por la ideología medieval que se derrumbaba, y los balbuceos de una nueva época que tímida comenzaba a apuntar los primeros rasgos todavía confusos.

San Ignacio puesto en ese momento crucial de la historia —de no pocas perspectivas similares al actual— supo hacer el travase de los valores perennes a la nueva situación, dándoles la estructuración que requería la mentalidad naciente. Recogió sólo lo que podía tener valor y utilidad, dejando otros elementos que con mirada perspicaz vió no respondían a las necesidades del momento. Con este sustrato ofrece al hombre nuevo el alimento espiritual capaz de saciar sus ansias más vehementes.

Esta semejanza de situaciones, de crisis, de ideologías, de afán de nueva estructuración de tantos campos, entre los dos siglos, el XVI y el nuestro, dan una actualidad impresionante a un hombre puesto por Dios para forjar una sociedad nueva y dar con moldes que a la vez que represaban todo lo vital y sustantivo, daban la solución orientadora al mundo desquiciado.

PRESUPUESTO Y BASE DE SU OBRA REGENERADORA

S. Ignacio no se lanzó al campo de lucha con ímpetu ciego, llevado de impulsos al vaivén de las circunstancias momentáneas. Llevaba un plan bien promediado de regeneración. Y esta es ya la primera lección. El presupuesto de su eficiencia estriba en el estudio reposado, sereno, a fondo,

de los males que aquejaban la sociedad. Con este análisis objetivo a la vista indagaba los puntos más necesitados de remedio y consideraba las soluciones más aptas.

La base imprescindible de su plan constituye la **regeneración individual**, pero con la recta ordenación de todas las relaciones profesionales y sociales de cada persona.

Esto puede parecer algo manido y vulgar. Y sin embargo es el eje del sistema ignaciano. Es la razón última de por qué empleó los ejercicios como arma primordial en todas partes en donde quiere conquistar: Manresa, Alcalá, París, Venecia, Roma.

Pero obsérvese. El ejercitante ha de examinar la proyección social de su vida a la luz de los principios eternos. S. Ignacio estaba cansado de la disyunción entre vida privada y profesional, entre piedad personal e indiferentismo público.

Dominaba en el ambiente de entonces la actitud de miedo al contagio al mundo. Se creía prácticamente necesario el alejarse físicamente del exterior para llegar a la santidad. El propio San Ignacio tuvo en sus comienzos amagos de seguir este camino.

El santo en cambio pone en el mismo fundamento de su plan de regeneración una nota de optimismo y confianza. Ve en las criaturas no un enemigo, sino un reflejo de Dios. Hace escala del mundo para subir al Creador. Por eso es factible la regeneración. Porque Dios anda de por medio. La escisión de Lutero, las cantinelas de Erasmo, las procacidades de los luteranos, no le arrendran. La sociedad tiene remedio. El santo insistía mucho en crear esa psicosis de confianza. Si desde el principio no lleva una dosis excepcional de esta seguridad íntima, no podrá sostenerse entre tantas dificultades como le esperan para realizar la anhelada regeneración.

Esta base se forma por medio de una percepción social de la finalidad de su existencia, una revisión de su conducta a la luz de sus deberes con Dios, la sociedad y las almas. Es la reforma de los ejercicios no mutilada con falsos repliegues, sino realizada en su total amplitud. El principio y fundamento tiene como remate pleno la Contemplación para alcanzar amor.

No duda el santo de dar a Diego de Gouvea, catedrático, que fué principal del colegio de Santa Bárbara París, y quien por consiguiente vivía entre negocios y ocupaciones profanas, la siguiente consigna: "Esforzados tanto en adelante a edificar al pueblo cristiano con ejemplo de vida como laborásteis hasta ahora en defensa de la fe y doctrina de la Iglesia. Porque, ¿cómo podemos creer que nuestro óptimo Dios conservará en nosotros la verdad de la fe santa, si de la bondad huímos? De temer es que la causa principal de los errores de doctrina, provengan de errores de vida, y si éstos no son corregidos, no se quitarán aquellos de en medio" (1).

Así. Con esta transparencia y valentía pone delante la responsabilidad de la buena conducta, la irradiación del buen ejemplo para la consecución del ideal.

Es obvio que esta misma norma tiene que constituir la base de las recomendaciones a los jesuitas. Un ejemplo entre mil tomado de las Consti-

1) Obras completas de San Ignacio. Edición manual, Madrid. B.A.C. n. 86, p. 610.

tuciones de los colegios. "Primeramente en los colegios todos edifiquen y aprovechen al prójimo con su ejemplo y vida..." (2).

Ejemplaridad de vida, irradiación de Dios, confianza en la providencia divina. He aquí las bases de la obra de reedificación espiritual patrocinada por San Ignacio. Verdades elementales, es cierto, pero no se olvide que la grandeza de San Ignacio consiste en saber extraer las consecuencias prácticas de los principios obvios y básicos.

De este modo cimenta el santo su obra en la roca sólida de Dios. San Ignacio no quiere soluciones provisionales. Va al fondo del problema. Ve que el desquiciamiento de la sociedad viene de su alejamiento de todo lo sobrenatural. Por ello antes que fórmulas políticas o sociales, presenta soluciones al problema religioso. Toda su vida responde a esta concepción. Elige, como él mismo escribe "espirituales armas, pues las temporales para siempre las deixamos" (3).

Esta pacificación espiritual exige lucha, esfuerzo. Otra nota que pone San Ignacio desde el principio. Coincide la obra de regeneración como una guerra espiritual. No se puede cejar por más dificultades que se interpongan en el camino en esta labor.

ANÁLISIS OBJETIVO DE LA SITUACION QUE SE TRATA DE REMEDIAR

Sólo después de haber creado estas disposiciones psicológicas decide lanzar al ataque a sus huestes. Quien ha puesto tanto empeño en los preparativos tiene que poner mayor aun en la misma realización. Es admirable cómo estudió la reconquista espiritual del ambiente en que se movió. Su táctica concreta nos enseñará más que muchas disquisiciones.

Oteó primero el campo de la política general. Creyó que el problema principal era el de la falta de unión entre los príncipes cristianos ante los dos grandes peligros de su tiempo, los turcos y los protestantes.

Inició una campaña para procurar dentro de sus fuerzas la ansiada reconciliación. Y pudo mucho más de lo que nos imaginamos. Limitémonos por falta de espacio a un ejemplo muy significativo.

En 1542 corren peligro de romper las relaciones entre Juan III, portavoz del Padroado, tutor de la evangelización en el Imperio portugués. Se da orden desde Lisboa de retirar al embajador Cristóbal de Souza, porque el Papa había hecho cardenal a Miguel de Sylva, caído recientemente en desgracia del Rey. Juan III creyó que la concesión de la púrpura cardenalicia a uno que se había mostrado rebelde a sus mandatos, parecía un estímulo a la desobediencia; se creó un clima de gran tirantez. Amenazó con romper las relaciones diplomáticas. El 23 de enero de 1542 desposeyó al nuevo cardenal de todas sus posesiones y derechos, dejándole "como si nunca hubiera nacido".

S. Ignacio ve los gravísimos inconvenientes que se derivarían para toda la Iglesia de la ruptura entre estos dos poderosos jefes y trabaja por-

2) B. A. C. 596.

3) Epp. Ign., I. 199.

que lleguen a una avenencia, por medio sobre todo del P. Simón Rodríguez, de tanta autoridad en la corte portuguesa. De hecho consiguió la concordia. Continuó durante algún tiempo la discusión entre Portugal y el Vaticano, pero se realizó más bien por prestigio burocrático dentro de relaciones normales.

Con este acto hace posible la evangelización de S. Francisco Javier y la entrada de los misioneros en la India y Japón.

ACCION CON LOS PRINCPES Y DIRIGENTES

Del campo político general pasó al de Roma, centro de la cristianidad, consiente de la trascendencia que importaba la reforma de Roma en la regeneración del mundo cristiano.

Los nobles eran los dirigentes de la sociedad de entonces. No esquivaba la dificultad que supone el convencer a señores de su posición, acostumbrados a mandar e imponer su voluntad. En su plan entraba no cejar hasta conquistar a todos los jefes.

Primero tenía que comenzar por eliminar los abusos. Producía entonces gran estrago la desunión de los príncipes y nobles. El santo se dedicó con todo empeño a unir las partes disidentes. Tenía cualidades únicas de pacificador. Las había ya ejercido de gentil hombre del Duque de Nájera en su tierra natal. Varias veces los contemporáneos hacen mención de esta preciosa cualidad, "en paces también y concordias de algunas personas le da Dios N. S. especial gracia donde grandes personas no hallan modo" (4).

Consiguió, por ejemplo, que dejaran de desafiarse Francisco de Lasso y un caballero húngaro Juan Balax. En 1552 hizo una de sus rarísimas salidas de Roma para restablecer la armonía entre Ascanio Colonna, condestable del reino de Nápoles y su mujer Juana de Aragón. Otro viaje hizo a Tívoli para arreglar las desavenencias entre Castel Madama y esa ciudad, feudo de Margarita de Austria. Habló con "Madama" y encontró la solución "a su satisfacción".

Ejemplos que nos muestran su táctica y su ilusión de que todos en vez de desgastarse en pendencias internas, olvidaran sus ofensas personales y formaron un frente común para los enemigos de la Iglesia. Conocido es el grandioso plan unificación de todas las potencias católicas-anticipo de la Liga que produjo la victoria de Lepanto —para que se amarmaran contra los Turcos. Por medio de Nadal propuso el grandioso plan al emperador en que iba estudiando como si fuera un jefe de estado mayor los medios de allegar gente y recursos para la empresa, las personas a que se podría recurrir, las ventajas que se derivarían de la armada.

Y todavía como medios de infiltración espiritual en las avanzadas de los Turcos proyecta fundar colegios en Jerusalén, Constantinopla y Chipre, y evangelizar en Ceuta y Tetuán, obtiene un jubileo para el ejército español que se dirigía a Túnez, desea ir personalmente a Africa, a El-Kef a comenzar la nueva misión que consideraba como un "comando" en tierra árabe.

4) *Mon. Hist. S. I. Epp. Ign. I.* 619.

No nos interesan cada uno de los medios que empleó, que se podían multiplicar indefinidamente. Nos interesa observar su táctica: conquista de los jefes, política de unión entre los jefes de la Iglesia, para que pudieran lanzarse a la conquista de los enemigos públicos, fueran estos cuales fueran.

CON LOS POBRES Y MENESTEROSOS

Pero a San Ignacio no le bastaba pacificar los jefes. No podía haber regeneración definitiva sino se llegaba a la misma masa, al auténtico pueblo.

Mejor dicho. La transformación de los conductores de pueblos llevaba consigo un cambio de conducta en ellos. Comenzaba en adelante a preocuparse por los problemas de sus subordinados.

Ignacio aprovechó el hambre excepcional que se cernió en 1548 sobre Roma para avivar la **inquietud social** en el ánimo de los dirigentes.

El cuadro era desolador. Los pobres escuálidos morían de inanición, o caían yertos de frío en las calles. Los jesuitas comenzaron a pedir limosna de puerta en puerta en las casas de los cardenales, embajadores y nobles. Repartían lo que recogían entre los más menesterosos. Les proporcionaban pan, leña para que se calentaran, paja para almohadillas de los pobres trapos sobre los que dormían en plena calle. Llegaron a asistir en su casa de Via de Delfini a tres mil pobres.

Pero el santo no se contentó con que los ricos dieran una limosna más. Fué como siempre a la raíz del mal. Juzgó que ésta radicaba en el egoísmo de cada sector, provocado por el desconocimiento mutuo. Buscó para atacarlo la cooperación personal de todos en las respectivas empresas. Movilizó la mejor sociedad romana en la lucha contra las plagas del tiempo formando una especie de senado que deliberara sobre los remedios que se debían adoptar. Fué un anticipo a la Acción Católica. La reunión de todas las fuerzas vivas de la ciudad. Dirigió personalmente las reuniones. A su lado se sentaban los cardenales Rodolfo Pío de Carpi, Alejandro Farnese, Bartolomé Guidiccione, Guido Ascanio Sforza, Pedro Bembo, Juan Alvarez de Toledo, Pedro Sarmiento, Bartolomé de la Cueva, así hasta 15 cardenales que hacían corona a siete arzobispos y obispos, a dos embajadores y otros 133 entre eclesiásticos y laicos: médicos, procuradores, mayordomos, patricios, ricos comerciantes y algunas nobles damas entre ellas nueve de las principales de Roma, Farnese, Colonna. Se denominó la Compañía de Santa María de la Gracia, pero lo mismo se hubiera podido considerar como un auténtico Congreso para el mundo mejor. Allí en aquel salón, S. Ignacio iba indicando las necesidades de Roma, los remedios que se le ocurría, proponía el plan que convenía seguir, oía las sugerencias de los presentes; discutían entre todos las propuestas, acordaban por fin el programa de acción. Era un cónclave de todas las fuerzas rectoras de la sociedad.

AMPLITUD Y EFICIENCIA DE SU ACCION REGENERADORA

Con el apoyo de estas personas y con su colaboración consiguió San Ignacio realizar tantas obras sociales en la Ciudad Eterna y poner remedio a las principales plagas.

En su objetivo y casi despiadado examen de la situación juzgó San Ignacio que los principales problemas eran la escasez de viviendas, la falta de medios de vida en amplios sectores —salarios bajos diríamos hoy— la inmoralidad ambiente, cuyo exponente más acusado eran las mujeres públicas, el abandono de los huérfanos.

Y en un campo de apostolado más amplio los vejámenes que sufrían los judíos conversos, el desamparo de las chicas jóvenes en peligro, la imposibilidad en que se encontraban de buscar apoyo moral, de rehacer la vida las jóvenes que querían rehabilitarse.

Tras el análisis, el remedio. Como siempre soluciones eficaces, nada de arreglos provisionales para salir momentáneamente del apuro presente.

Tomemos como ejemplo el problema de las mujeres perdidas. Estaba bien, pero no resolvía nada de modo eficaz el predicar a ellas, incluso el convencerlas de lo peligroso de su estado. Una barrera imposible de superar se abría ante cualquier intento de cambio de vida. Nadie quería recibirlas. El santo comenzó por organizar centros de regeneración donde fueran rehabilitándose progresivamente y pudieran prepararse un porvenir honesto. Fundó para ellas la Obra de Santa Marta. Mejor dicho. Movilizó las matronas romanas para que ellas lo fundaran. Entre otras se sirvió de Doña Leonor de Osorio, mujer de Juan de Vega, embajador de España, que se confesaba semanalmente con el santo. Fué bajo su dirección reduciendo el fausto hasta el mínimo. La inculcó el anhelo de la redención de las mujeres perdidas. A una de sus criadas, en vez de ocuparla como antes en su servicio personal, la dedicó a recorrer las casas. Esta buscaba las descarriadas y le ponía sigilosamente en contacto con ellas.

San Ignacio fiando en Dios busca una casa. Vende unas piedras de un antiguo monumento romano halladas en excavaciones de otra obra que tenía entre manos. El dinero de esas piedras sirvió de base para la nueva fundación.

En 1552, respaldado por la Compañía de Santa María de la Gracia, sacó del pecado a más de trescientas mujeres. La obra provocó una ola de entusiasmo en Italia. En diez años se abren instituciones similares en Pisa, Florencia, Bolonia, Modena, Agrigento, Mesina, Trapani, Palermo.

No bastaba esto a San Ignacio. Va metiendo el anhelo de una vida de mayor santidad, va injertando en las mejores el ansia de la reparación. Un grupo quiere dedicar toda la vida a la oración y penitencia. No les quieren admitir en ningún convento. No se fían de ellas. Las juzgan indignas. Entonces a instancias de 12 jóvenes —doce nuevos apóstoles— divide en dos partes las casas. Uno de ellas la reserva para estas singulares religiosas. Personalmente coloca con sus manos la cruz en la entrada de la clausura.

De modo similar luchó por eliminar las demás plagas sociales. Entre ellas descuella otra sin apariencia externa, pero que minaba por dentro la sociedad. Las mancebas que vivían en adulterio. El solícito Polanco nos descubre un poco el velo de esta acción más subterránea: "Lleva no pequeño trabajo nuestro Padre, allende de lo mucho que tiene, en hacer quitar las doncellas que están con cortesanos, de sus casas" (6). Y Ribandenyira nos comunica un detalle que casi se nos hace inconcebible. Ignacio, achacoso, cojeando, llevaba de la mano sin ningún empacho a alguna de esas mujeres (6).

5) Epp. Ign. I, 373.

6) Mon. Hist. S.I.. Fontes Navv. II, 348.

En este campo dió un paso más. Consciente de que era mejor prevenir que remediar, se ocupó de las jóvenes que desorientadas y sin medios suficientes estaban en peligro de desembocar en ese camino. Interesó a las personas nobles de Roma sobre estas jovencitas y con su ayuda fundó la obra de Sta. Catalina de Funari. También esta obra de preservación se hizo popular y se extendió pronto a Florencia, Nápoles, Bolonia, Siena.

* * *

No podemos seguir a San Ignacio en su obra. Basta indicar que siguió la misma táctica en los demás problemas; judíos, huérfanos, educación del clero, enseñanza de la juventud, asistencia espiritual. Siempre sobre un análisis, sereno, objetivo un programa bien estudiado y llevado a cabo con la colaboración de todos. Los nobles al servicio de los pobres. Las señoras principales como enlace de penetración. Victoria Colonna, por ejemplo, tuvo en su casa a una mujer perdida, mientras se encontraba modo de sistematizarla.

Los eclesiásticos como jefes y guías cada uno de su sector correspondiente y todos enlazados entre sí y con los religiosos que les servían de apoyo, consuelo, sostén. Los cardenales y obispos eran los directores natos de todo el movimiento. Cada uno en su puesto y todo bendecido y dirigido en última instancia por el Santo Padre a cuya aprobación subordinaba sus proyectos. Nunca emprendió ninguna obra sin la conveniente bendición y apoyo de la Santa Sede.

Así S. Ignacio realizó una obra grandiosa de movilización espiritual, pasmo de amigos y enemigos que no se han cansado de pregonar a lo largo de los cuatro siglos de historia. El secreto de su eficiencia radicó en que supo conjugar una técnica eficaz con una realización práctica de regeneración espiritual y social.

